

AUDIENCIAS PÚBLICAS DE CASOS EN HUANCAYO

TERCERA SESIÓN

23 DE MAYO DE 2002

9:00 A.M. A 1:00 P.M.

TEMA: ESTUDIANTES Y DOCENTES AFECTADOS POR LA VIOLENCIA

Caso número 17: Familia Quispe Sacsara

Testimonio de María Antonieta Quispe Sacsara

Doctor Salomón Lerner Febres

Por favor, nos ponemos de pie.

Señora María Antonieta Quispe Sacsara, ¿formula usted promesa solemne de que su declaración la hará con honestidad y buena fe, y que, por tanto, expresará solo la verdad en relación a los hechos relatados?

Doctor Salomón Lerner Febres

Muchas gracias. Tomemos asiento.

Señora María Antonieta Quispe Sacsara

Señores de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Soy María Antonieta Quispe Sacsara, madre de Judith Betsabé Huamán Quipe, asesinada, mi hija. Mi hija, una niña estudiante, amable, cariñosa con su madre y con su hermano. Ella ha estudiado en el colegio María Inmaculada. Terminó su promoción el año 91. De los cuales, surge problemas para nosotros, una tristeza y dolor, el cual llevamos durante por muchos años. Mi hija era mi brazo derecho en mi negocio. Emprendemos algo grande para surgir .

Un día, un 14 de setiembre de 1990, empieza mi vía crucis para mí. Una tarde a eso de las seis y media, siete de la noche, salimos a comprar pan. Al frente de la casa, estaba estacionado un auto color marrón Ford, sin luces. Nos fuimos hacia la esquina de la calle Ica y un poco más allá, al pasaje Santa Fe. Compró mi hija el pan. Estamos de regreso y, de un momento a otro, ese carro con un ruido estremecedor nos separó a mí y a mi hija. De ahí bajaron dos encapuchados. con sus armas largas y con borceguíes. Me subieron al carro apuntándome, y dentro del auto estaba allí, una mujer. Me senté al costado de ella. Pero ya en el camino, que desviaron el carro para otro lugar y me interrogaban, diciéndome que eran emerretistas y que la buscaban al padre de mis hijos, a Pepe Huamán Salazar. Yo les dije que yo no sabía nada acerca de su paradero de él. Y que ya estábamos separado, porque él tenía otra conviviente; pero más, ellos me dijeron que si yo les estaba mintiendo, me iban a matarme.

Así, me llevaron a un lugar desolado para luego golpearme y darme de puntapiés en el pecho, en la espalda, jalarme de los pelos, pisarme los pies hasta hacerme vomitar sangre; malográndome así mis pulmones. Después de tanto interrogatorio, no sacando nada de mí, me hicieron regresar a la casa. Ya en casa ellos estaban otro grupo. Vi en el suelo del segundo piso, pisándole a la cabeza de mi hijo y de mi hermano así encapuchados y con borceguíes y me hicieron pasar interior al cuarto. Allí entré. Estaba mi hija y habían rebuscado todas las cosas. Habían hecho una revuelta única. Hasta la comida que había preparado, todo lo habían vaciado y dijeron: «Aquí habrá balas».

Al no conseguir nada, después de un momento salieron llevándose a mi menor hijo, diciéndome que no gritara, que no hiciera nada. Por el temor a las armas, no hice nada. Se lo

llevaron a mi niño. En aquellos años, él tenía doce años. Salí dentro de un rato tras ellos, pero ya el carro estaba lejos en la oscuridad. Tenía que ir corriendo desesperada; pero se me perdió. Luego de allí, fui a la comandancia séptima de acá, de la ferrocarril. Allí pedí auxilio. Dije que han venido a secuestrar a mi niño, que por favor me ayudaran. Me dijeron que fuera a la Policía Técnica de la calle Cusco. Fui ahí también, pero nadie me hizo caso. De nuevo regresé a ENAFER PERU, a la casa de su abuelo, para decirle que por culpa de su hijo estaba pasando tantas cosas. Y allí, lo habían dejado a mi hijo después de haber hecho ingreso esas personas a casa de su abuelo.

Luego, regresé llevando a mi niño a mi casa. De allí, busqué como denunciar y nadie me hizo caso. Quedó en nada. Pero un 18 de octubre al amanecer, de nuevo hicieron ingreso ellos, haciéndose pasar por emerretistas. Me amarraron la mano, ataron también de manos a mi hijo. Pero luego me dijeron que yo me callara. Me amenazaron de muerte preguntándome de nuevo por Pepe Huamán Salazar. Y después dejaron en oscuras el cuarto. Pero yo, sin darme cuenta que se ya se lo habían llevado a mi hija, empecé a llamar por su nombre por mis hijos. El que me contestó era mi hijo y mas no mi hija.

Desesperada jalé la puerta: estaba amarrado. Rompí el techo que era de triplex, escapando por allí. De inmediato, corrí tras de ellos al amanecer, y los vecinos también estaban a la expectativa. Salí corriendo desesperada. Casi a veinte metros de la puerta de mi casa estaba cuadrado un auto patrullero y delante de eso iba el auto melón Toyota. Allí estaba mi hija, resguardada por este carro patrullero y otros carros más. Corrí desesperada pidiendo auxilio; pero más me dijeron que no estaban en derecho de ellos auxiliarme a mí. Y que yo fuera a denunciar a otro puesto policial. Me fui desesperada corriendo tras ellos. A mí no me faltaba nada, como se dice. Seguía corriendo, un vecino iba en bicicleta, otro con su auto seguía. Y así se fueron hacia la calle Jiraldes. Y de allí emprendieron su ruta hacia la ferrocarril. Hicieron su ingreso al costado de la séptima comandancia de la ferrocarril, ese carro. A la distancia se me perdieron, corrí tras de ellos desesperada para poder hacer mi ingreso pidiendo que me ayudaran que por qué... cuál era el motivo de que se lo habían llevado a mi hija. Más es lo que me botaron. De allí, regresé de nuevo a la casa de su abuelo, a la ENAFER a decirle que por culpa de su hijo sigue sucediendo tantas cosas, y que a ver si él sabría algo, que por favor me avisara, o que me dijera. Mas hermano salió y me dijo: «A mí no me interesa la vida de tu hija. A mí no me interesa nada. A mí me interesa la vida de mi hermano». Regresé llorando a mi casa para poder salir en su búsqueda.

Esa mañana, fui a la Fiscalía. Denuncié, denuncié al juez instructor, para que me pudieran apoyarme, buscarme a mi hija. Luego ya más tarde, regresé a la octava región de aquellas veces que estaba en la avenida Abancay. Ahí, ingresé a conversar con un coronel. Le dije que los miembros de su institución han hecho ingreso a mi casa secuestrando a mi hija, que si quieren algo severa, que sea deténganse a mí, pero que por favor me devuelvan a ella. Y además se han robado cosas nuestras de la casa. Mas me dijo el señor: «Cálmate. Vamos a indagar y a averiguar si es cierto. Y si hay algo, entonces lo enviaremos de nuevo para su casa».

Salí llorando sola, sin ninguna compañía de nadie. Luego regresé al lugar donde yo trabaja, andaba buscando por todas las calles, fui a los hospitales, fui a lugares alejados que pensando de que algo malo le habían hecho a mi hija. Regresé a mi quiosco, a mi centro de trabajo, ahí mis vecinos apoyándome, ayudándome a que yo no llorara. Y tan mala suerte una noticia más desgraciada todavía llega. Cuando estoy sentada allí, como a las seis de la tarde, dándome la mala noticia de que a mi hermano menor, también lo habían asesinado en la calle Arequipa y Angaraes... Mas no pude hacer nada. El temor era más grande pensando en mi hijo. Regresé de nuevo a casa y me encontré con mi hermano mayor. Estábamos los tres y los vecinos. No sabía qué hacer. Ya era de noche.

Vuelta de nuevo, al día siguiente era 19 de octubre. Salí, volví donde el juez instructor. En los cuales él se dignó de acompañarme a las oficinas de la ORI, en compañía del doctor Sifuentes Moya, el doctor Salva Ricaldi, el arzobispo Ángel Acuña y la doctora Rosa Mandujano y mi padre.

Fuimos a la oficina de la ORI. Desesperada... mas no nos quisieron hacer ingresar, desesperada... gritando yo. Subí casi hasta el cuarto piso gritando el nombre de mi hija: «¡Judith, Judith, Judith!» Desesperada... y de allí me bajaron. Me encontré con el Comandante y le dije: «¿Por qué lo han traído a mi hija? Le presentamos el documento. Mas en vez de tratarme bien, él me atropelló. Me dijo un montón de disparates, yo también le contesté y me enfrenté a él. Le dije: «Soy una madre, como una fiera herida que vengo en busca de mi cachorro». Que por favor me devuelvan, que nosotros no hemos hecho nada... No somos culpables de nada. Y si mas ellos tienen que buscar, que indaguen al culpable. Y si es él que lo busquen, mas no a nosotros. De allí el doctor instructor le dijo que pedía hábeas corpus porque era una menor de edad. Mi hija tenía quince años.

Salimos de allí, yo llorando desesperada. Y me dijo el padre: «Ay hijita, por qué has actuado así. No vayan a hacerte daño». Ya no me importaba nada que hagan conmigo. Quería saber dónde estaba mi hija. Regresé a casa llorando. Yo no tengo familias, no tengo nadie. Todos me cerraron las puertas. Nadie me apoyó. Los únicos que me apoyaron fueron mis vecinos de casa.

Regresé a casa, pasó otra noche más ya era ya para el 20 al amanecer. A eso de las 4 de la mañana, empezaron a tocar la puerta con fuerza y se sintió que a la vista un auto se ha cuadrado. Ahí alguien bajaba. Empezó a tocar la puerta. Quise salir corriendo. Mi hermano me dijo: «No, no te vaya a pasar algo. Acá hay que esperar». Luego, luego... «Ya», dije, «¿quién es? Tanta insistencia...» Mi hija me llamó: «¡Mami! Me dijo... reconoció mi voz. Desesperada, corriendo salí. Abrí la puerta. La encontré a mi hija sentada, tal como se la habían llevado lo hicieron regresar, amarrada, con su blusa de colegio, envuelta su cabeza, tambaleante, como si ella estuviera mareada, o que no hubiera sido alimentada, toda desvalida. Mi hermano hizo ingresar cargando mi hija hacia mi cuarto. Le hicimos acostar mas no le molestamos, hasta que amanezca.

A eso de la una, dos de la tarde recién le desperté para que almorzara y le dije que ya teníamos que ir al entierro de su tío. A mi hija le vi que las manos la tenían marcadas de las marracas que le habían puesto, apretadas. Y mi hija me dijo: «Sí, mamá, he escuchado tu voz, lo que has gritado, pero mas no podía hacer nada, porque me amenazaban con matarme». Fuimos al entierro. Y ya volvimos de allí. No podía hacer nada por temor a que nos iba a pasar algo grave. Dejé en nada todo eso, quedó en la nada. Pero ya sabíamos quiénes la habían tenido a mi hija... para misión... que me había hecho... Luego, pasó así ese año, el año 91.

Un 15 de julio, en las oficinas del mercado Patiño, mi hermano mayor ha sido asesinado. Él era dirigente vocal de ese mercado de la asociación, una persona emprendedora, que ayudaba a la gente pobre, humilde. Pidiendo sus óbolos, él hacía también enterrar a la gente humilde. Apoyaba a los enfermos; a los desvalidos, también. Sin motivo alguno ha sido asesinado. He vivido en temor, en zozobra, peor todavía con todo esto. Y más aun cada rato los encapuchados hacían su ingreso a mi casa a cualquier hora. Yo vivía sentada en la cama cuidando el sueño de mis hijos, para que no nos pasara nada. Y así pasó. Todo el tiempo he vivido atemorizada, atemorizada por todo lo que ha sucedido con nosotros.

Pero ya pasaron el tiempo. Y así un 22 de julio, también de nuevo hacen su ingreso a casa cuando yo estaba trabajando en el mercado. Y me fui a casa yo para hacer, para lavar mi ropa. Allí estaba en la calle cerca a la casa resguardados militares, seis militares: dos en cada cuadra así, en la calle... a la separación... el otro costado igual y dos en la puerta. Sentí temor, quise regresarme al quiosco, pero más yo dije: «¿Me estarán viendo? Si vuelvo, van a pensar que algo malo estoy haciendo. Mejor voy a ingresar». Pregunté: «Señor, puedo pasar». «No», me dijeron voy a hacer una pregunta interiormente adentro. Y el soldado ingresó. Dentro de un rato salió y me dijo: «Sí, puedes pasar». Pasé yo con mi menor hijo, porque mi hija se había quedado en mi negocio. Apenas hice el ingreso que estaba al fondo, uno de ellos me agarró del pelo y me dijo: «Has vuelto de nuevo». De ahí, me soltó. De ahí del segundo piso donde yo vivía, bajó uno que debe haber sido sub oficial, sin capucha, sin nada. Me dijo: «Terrorista», mentándome a la madre, «¿dónde están tus documentos?». Yo le dije: «Señor, no los tengo acá. Los tengo en mi

quiosco». Y me dijo: «Tú eres terrorista. Hemos venido acá a tu casa, porque de nuevo Pepe Huamán...», dice, iba a regresar acá, porque va a haber paro armado. Y además, ellos habían hecho su ingreso consigo con un niño, con el hijo de la dueña de casa, haciéndose apoyar. Para que rebusquen las cosas, habían metido bala al candado para abrir el cuarto.

Luego de allí, yo empecé a decirles: «¡Ladrones!», le dije. «Ustedes vienen a amenazarnos toda la vida. ¿Qué es lo que quieren de una vez? Ya no aguanto vivir así en temor. Si tienen algo, llévenme presa de una vez, aunque sea con todo mis hijos. Yo no he hecho nada. Háganlo de una vez. ¡Llévenme!» Ahí bajó otro y me dijo que me calmara, que tan solo habían venido a averiguar si Pepe Huamán de nuevo estaba en casa. Yo les dije: «Quédense aquí a cuidarme. Aunque sea otros que se queden a cuidarme en allá, en el otro lado. Yo no tengo nada que ver».

Viví así con temor todo. Ellos me decían que el canje iban a hacer hasta el colegio politécnico. Mandaron una carta a mi casa. Recibió una de mis vecinas. Estaba escrita aquellas veces con las letras de mi hija. Ella me decía: «Son los del MRTA. Lo único que le quieren es a mi padre para que lo maten. Si lo entregas, no va a pasar nada con nosotros». Más aun, a mi hija le han pedido que ella vaya todos los días al encuentro de ellos a las nueve de la mañana al parque Túpac Amaru. Yo no acepté eso. Yo le digo: «No importa que nos maten. ¿Por qué vas a ir ahí?» Y así hemos vivido amenazados durante tanto tiempo, en durante tantos años. Yo vivo enferma por los golpes que he recibido de aquellos años. Hasta ahora no logro curarme. Yo estoy muy enferma, todas las costillas yo tengo malograda. Lisiada me encuentro, vivo muy dolida por mi hija.

Señores de la Comisión de la Verdad, aquellas veces no había lugares... ¿dónde íbamos a ir a denunciar estos hechos criminales que nos han hecho! Cuando después del 22 de julio, ellos se fueron... los militares... un día 24 en la mañana, mi hija se adelantó un poco para que vaya a mi centro de trabajo, yo salí tras ella. Mi hija no llegó a mi quiosco. Se la habrían llevado del camino. Fui en busca de ella por diferentes lugares. Fui a los hospitales. Fui a los centros policiales. Fui al Ejército. No encontré nada.

Ya no podía hacer denuncia, porque no me aceptaban. ¿Qué hice? Esperé que transcurrieran los días. Por habladurías de muchas personas que decían: «Hay asesinado en tales lugares»... Desesperada iba a esos lugares desolados, encontrando otros cadáveres mas no lo de mi hija. Desesperada, llorando por mi hija, sola, dejando el cuidado a mi hijo de la casa por otras vecinas. Y así transcurrieron los días, hasta que una mañana, me dijeron: «Está por el bambú... muertos...» Desesperada fui a ese lugar atrás, por la calle San Carlos. Había otros cadáveres que tenían casi parecido a los de mi hija. Pero vi cómo esas personas habían sido abaleadas. Tampoco encontré a mi hija.

Y así iban transcurriendo los días. Fui por diferentes sitios, alejados a los pueblos, a buscar sin encontrarlo. Hasta que una mañana mi señor padre, se había enterado que en la morgue había varios cadáveres. Se adelantó. Ha ido y me dijo: «Yo creo que está ella; pero no sé si será ella porque tiene otra ropa. Por el cabello y por el lunar, creo es tu hija y por sus dientes», me dijo. Con la misma, me fui a la morgue. Sí era mi hija. Era Judith. Estaba vestida con otra ropa; la habían cambiado de ropa. Ella tenía una bala en el corazón, tenía el ojo reventado, el cuello roto y tenía golpes en su cuerpo, moretones en todas sus piernas y en la espalda. Había sido torturada.

Y luego pasó ese día, hice los trámites para recoger a mi niña para llevarlo a velar a las oficina mercado Patiño. El auditorio... ahí se veló mi hija. Al día siguiente, cuando salimos para el entierro, vi a muchas personas que nos tomaban fotografías y eran de la Policía. De ahí, fuimos al entierro. Y en el entierro después de que todos me dieron el pésame, se acercaron dos hombres altos y fornidos a darme el pésame, diciéndome: «Nosotros no le hemos matado; pero todo ya terminó».

¿Cómo creen ustedes que me siento? Durante tantos años no he podido olvidar todo esto.

Lo tengo acá adentro de mi corazón. Y el cual hoy día, yo saco todo esto para decirles a todos ustedes que me entiendan el dolor de madre que he sufrido durante estos años. Nadie quizá podrá comprenderme hasta el momento que le pase algo doloroso y tan triste para mí, quedarme sin familia, quedarme con tan solo mi hijo. También se truncaron los sueños de mi hijo de poder estudiar. Hice todo un esfuerzo único más por mi salud. Perdí todo lo que tuve. Me quedé en la nada. Personas que se aprovecharon también de mí cuando deje mi quiosco con todas mis cosas por motivos de salud... pero me pagaron de céntimo en céntimo. Quedó en la nada ese dinero. Luego, ¿qué hice? Empecé el quiosco de mi madre. Con eso, me he tratado de salir adelante para poder darle estudios a mi hijo.

Mi hijo, al ver que ya no podía, al servir al Ejército Peruano... Me quedé más sola todavía. De ahí, él dijo voy a tratar de ingresar a la Escuela de Chorrillos. Se presentó para que continuara sus estudios. Pero, lamentablemente, la vida es tan dura y triste para alguien que siente peores cosas, es un golpe más fuerte todavía. Mi hijo había tenido un homónimo. Salió de ahí. No ingresó. Fue más duro para nosotros sentirnos de esa manera. ¿Qué hizo? Lo único que hizo es ponerse a trabajar, porque mi salud ya iba quebrantándose día a día más. Para poder sustentarme con su medicamento, él se puso a trabajar. Por eso, yo les digo, señores de la Comisión de la Verdad, ¡cuántas madres habrán así como yo que sufren, estos dolores! También sufro por la pérdida de mis hermanos, sin saber quiénes fueron aquellos que los asesinaron.

Les pido de todo corazón que se me haga justicia, porque ella era una niña. Cuando se la secuestraron... también cuando la asesinaron... Yo no tengo familia, siquiera para poder decir yo tuve familia que me apoyaron, que me ayudaron, que me... o que hicieran algo por mí. Yo he estado postrada en cama por mucho tiempo; pero tuve vecinos bondadosos y les agradezco a ellos que le daban de comer a mis hijos.

Yo no tuve quién me dé a nada. ¡Cuán triste y doloroso es perder a alguien que tú tienes! Y les pido que se me haga justicia y se me comprenda mi dolor de madre que... nunca se va a curar mis heridas. Tan solo será hasta el día que yo muera.

Señores de la Comisión de la Verdad, he vivido durante... por muchos años atropellada, atemorizada. A cada momento, ingresaban a mi casa. En las madrugadas, yo no dormía. Yo no dormía. Por eso, les pido que se me haga justicia, que busquen a aquellas personas que nos hicieron daño sin más motivo. Yo no fui culpable de nada, ni tampoco mis hijos. Nos quedamos sin nadie. Todos nos dieron la espalda. ¡Cuánto dolor he sufrido en todo este tiempo! Y cómo vengo acá a suplicarles y enviar al menos esa cosa dura que tenía aquí dentro de mi pecho. Ya lo he sacado porque al menos tengo personas que me van a escucharme.

Padre Gastón Garatea Yori

Muchas gracias, señora, y la verdad es los nos sentimos hermanos del dolor de una madre que ha sufrido tantas veces y que necesita sentirse hermana de otros. Quisiéramos que sintiera de verdad que lo que ha dicho lo hacemos nuestro y que su testimonio es una exigencia de trabajo para nosotros.

Queremos que todos los que vean este testimonio se sientan hermanos suyos, y que piense usted que este dolor tiene que tener algún fruto, y un fruto de verdad, de justicia y reconciliación. Queremos, pues, que se sienta consolada por nuestra solidaridad, pequeña, humana, pero de hermanos. Muchas gracias. Muchas gracias.